

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III



SOBRE EL ARTE DE LA HISTORIA

(Punto "La Nación")

SALAMANCA, abril de 1917.

He leído, no recuerdo dónde, estos días, unas manifestaciones del conocidísimo crítico francés René Doumic sobre los métodos de investigación que se iban poniendo a la moda en las universidades francesas a fines del pasado siglo y principios del presente. Defendía la educación clásica y hasta la retórica—que puede ser cosa muy buena cuando es buena retórica—y se revolvió contra la pedantería de los que alguna vez hemos llamado «hechicólogos», contra aquel profesor Dryasdust a quien cubría con sus sarcasmos el gran retórico y gran vidente que fué Carlyle. Decía Doumic que en las universidades francesas se llegaba a rechazar toda tesis de doctorado que implicase una apreciación o juicio personales, más o menos geniales, de algún hecho o de algún personaje histórico y se pedía en cambio nuevos datos o rectificación de los conocidos. Aquí empezaba a ocurrir lo mismo y contra esa horrible pedantería, del más genuino origen germánico, he alzado más de una vez la voz.

A un joven de veintitantos años no se le permitía aquí tener ideas propias. A pretexto de lo mucho que se abusó de las llamadas síntesis históricas y de aquello de la filosofía de la historia—que era, según Valera, el arte de profetizar lo pasado—todos los pedantes faltos de imaginación, todos los eruditos eunucos de sentido propio y todos los historicistas sin sentido histórico, todos los sabios inhumanos, «savants sans sagesse», a pretexto de aquel abuso, que fué ciertamente grande, querían condenar a nuestros jóvenes a la horrenda y exclusiva tarea de hacer papeletas a la alemana. ¡Las papeletas a la alemana! Que así es como se las llamaba aquí. Y las ediciones críticas, las «Bearbeitungen», las revisiones, las anotaciones, las monografías... toda esa para técnica, en fin. ¡Horror, horror, horror!

Y no es que yo crea que todo eso no hace falta, no. A mi manera hago papeletas y siento que mi nativa y no bien corregida precipitación en juzgar y que mi castizo espíritu español de improvisación no me permiten hacerlas mejor. Me equivocaría muchas veces. No, no es que yo creo inútiles ni mucho menos esos trabajos y esa técnica y ese método y ese rigor. Pero con eso me pasa como con lo que Mamán «estudios» los pianistas.

Y es que sale un pianista al público

y se va a su piano y empieza, allí, sobre el teclado, a ejecutar difícilísimos ejercicios de prestidigitación, y los inteligentes, los insoportables inteligentes, declaran que aquello es maravilloso. Y al que va a oír música, a recrearse el ánimo con la música, le entran ganas de gritar: «¡A estudiar a casa!» Porque eso será muy bueno para soltarse las manos, pero no se debe molestar al público con eso. El pianista no debe tocar para pianistas, ni un concierto público es una lección.

Ni el pianista debe tocar para pianistas en un concierto público, que no es una lección de cátedra, ni el historiador debe escribir para historiadores en una obra que dirigida al gran público culto no es ni debe ser una lección de cátedra. La cátedratura es el peor ingrediente en una obra de historia. Y así nos ocurre que preferimos a las veces un libro de historia, de amable y ligera improvisación, lleno acaso de pequeñas noticias equivocadas, pero que nos sugiere algo o siquiera nos entretiene y espante el ánimo, que no una docta disertación, maravilla acaso de técnica y de sagacidad crítica, pero que nos cae al ánimo como un costal de arena.

Estoy leyendo estos días un libro de historia argentina lleno de erudición y lleno también de un cierto arte muy divertido de engarzar malicias y picotazos. Resplandece en él aquel tan típico malhumorismo de los eruditos y los investigadores. Más de una vez aparece esta frase sacramental: «Así se escribe la historia.» Y alguna vez no he podido resistir al deseo de poner al margen: «¿Y qué más da?» No carece el libro de arte, sin duda, de un arte «sui generis», pero prefiero la retórica de Carlyle y la resurrección de Michelet y las románticas pinturas de un Agustín Thierry. Y no digo nada de Macaulay, Renan, Mommsen, Taine, Fustel de Coulanges... a quienes pongo sobre mi cabeza y que en general se cuidaban muy poco de discutir minucias críticas en notas malhumorísticas.

Alguna vez he escrito que un libro muy recargado de notas me hacía el mismo efecto que una torre a la que el arquitecto no dejase libre del andamiaje que tuvo que levantar para construirla con objeto de que así se vea mejor todo el esfuerzo de su obra, dado que a las veces el mérito está más en los andamios que en la torre. Y hasta me parecería bien que alguna vez se derribase la torre dejando los andamios, ya que no suele caber el decir si se hicieron los andamios para la torre o se hizo la torre para los andamios. Y así hay libros en que uno lee las notas y deja el texto. Pero la polémica no es historia ni la polémica es investigación.

Excusado repetir aquí que puede darse el caso de un libro de historia muy verdadero, que nos dé una clara visión de la realidad histórica que nos presenta y esté lleno de datos falsos—fechas equivocadas, nombres trastrocados, linajes confundidos, etc.,—mientras puede haber otro que con todos los datos exactos y estrictamente documentados nos falsifique la realidad. En esta clasificación era maestro consumado Taine, que hacía sus historias «ad probandum» y como comprobación abogadesca, y «a posteriori» de una tesis previa. Nunca olvidaré cómo me engañó respecto a Carlyle; más aun que éste me ha engañado respecto a otros, y no es poco.

Si, hay que acostumbrarse a respetar la verdad y la exactitud del más insignificante detalle. Si A nació el 23 de enero de 1525 y no otro día, hay que establecerlo así. El que se acostumbra a despreciar la verdad de lo chico despreciará la de lo grande. La verdad es siempre verdad, refiérase a





do que se refiera. Pero...

¡Ay, y cómo nos acordamos de lo que Leopardi, aquel mártir de la verdad, llamó los felices errores, «i felici errori!» ¡Ay, aquellos divinos antiguos a quienes habló la naturaleza sin quitarse el velo!

«I vetusti divini, a cui natura parló senza svelarsi...»

¿Ahora que hemos expulsado las vanidades, los bellos y locos pensamientos extraños que nos queda? ¿Ahora que hemos despojado de su verdura a toda cosa? ¡El sólo y cierto que todo, fuera del dolor, es vano!

«For che nesta? For poi che il verde e spegliato alle cose? Il certo e solo veder che tutto é vano altro che il duolo.»

Y acaso sienten también así, lo sabemos, muchos sacerdotes de la exactitud crítica histórica. Y más si son artistas, cosa que, puede muy bien darse en un erudito. ¿No es acaso un artista, y a las veces un muy exquisito artista, este malhumorista anodador? ¿Por qué, pues, siéndolo como lo es, se complace en esas minucias?

«¡Ahora, lo que necesito es hechos! No enseñéis a estos niños y niñas más que hechos!... ¡Duro a los hechos, señor!» Era lo que Tomás Gradgrind, hombre de realidades, decía al maestro de escuela, según nos cuenta Dickens en la estupenda escena inicial de su novela «Tiempos difíciles» —«Hard Times»— que es también un libro de historia. ¡Y tanto como lo es! Mucho más que cualquier colección de documentos.

Toda obra de arte es un libro de historia y no todo libro de historia es una obra de arte. Y cuando un libro de historia no es obra de arte tampoco es, en rigor, libro de historia. Y éste que estoy leyendo y a que aquí aludo, es a trechos un libro de historia argentina, es decir, es a trechos una obra de arte, una verdadera obra de arte. ¿Pero por qué, por Apolo vivo, empeñarse así en colocarnos todas las papeletas o en ejecutar ante el público todos esos «estudios» de prestidigitación crítica? De prestidigitación que anda rayana siempre con el escamoteo. El erudito, con tal de salirse con la suya, es capaz de todo. Es la quinta esencia del abogado.

No lo puedo remediar; le tengo miedo a la erudición. Hace algunos años tuve que dedicarme a un trabajo de erudición filológica, yo, pobrecito español, es decir: de una casta de retóricos improvisadores, los menos aptos para ese «métier» tan delicado, y salí con un sueño terrible. Me dormía de pie. Y con el viejo marinero de la estupenda leyenda de Coleridge («The rime of the ancient mariner») — era «leyenda popular cristalizada en obra maestra: un pedazo de puro carbono, hecho diamante inmortal», como le llama con la más artística precisión el Sr. Groussac—tuve que decir: «¡Déjame despierto, Dios mío, o hazme dormir para siempre!»

«O let me awake, my God!

«Or let me sleep alway.»

Si, ya sé que la erudición puede ser un arte y que cabe genialidad en la erudición, y sé que los genios de la erudición son acaso los que más tremendas piñas han cometido. Como que tengo aquí, a la mano un libro en que se enumeran las equivocaciones de Juan Bautista Vico, aquel genio de la investigación histórica. El autor del libro, otro italiano, debe de saber más noticias históricas que sabía Vico, acaso más hechos, eso que se llama hechos, pero...

¿Y qué son hechos? ¿Qué es un hecho histórico? He aquí algo no tan fácil de contestar. Porque hay quien cree que en historia tiene más efecto histórico, más consecuencia, más trascendencia que lo que realmente pasó, lo que los hombres, incluso los actores del suceso, creen que pasó. Matarlo a uno creyendo haberle dejado vivo o dejarle vivo creyendo haberle matado, es más historia que la muerte o la vida misma. Y alguien ha sostenido que las leyendas son más históricas que los sucesos documentados.

Y vuelvo a repetir: ¿qué es un hecho histórico? ¿qué es un hecho? Porque hay analistas que en puro moler los hechos los reducen a polvo de hechos. Y el polvo de un hecho no es el hecho mismo. Como en química orgánica hay reactivos que descomponen el cuerpo que se trata de estudiar y se estudia no ese cuerpo sino productos de su descomposición. ¿Quién dirá, por ejemplo, que toda aquella duna de fenómenos psicológicos que Wund recogió en su «Psicología fisiológica» nos revelan hechos anímicos? ¿Dónde están allí los estados de conciencia? En cualquier página de Balzac hay más psicología que en todo aquel mamotreto.

Pero, indudablemente, no hay otra manera de escribir historia, historia de hechos—y hechos son también las creencias y las leyendas y los ensue-





nos — que dedicándose antes a la crítica, investigación histórica, a la erudición y a las papeletas, sean a la alemana, a la francesa o a la española, porque aunque parezca mentira, hay también papeletas a la española. Y a las veces decisivas. Y digo que no hay otra manera de escribir historia y no digo que no haya otra manera de hacerla. Porque escribir historia es una cosa y hacerla es otra muy distinta. Y hay improvisadores, retóricos, fantascadores, amables y lijeros charlatanes a las veces que hacen más historia y la hacen progresar más que cualquier escrupuloso historiador. Ni hemos de creer tampoco que Homero nació para Aristarco o Johnson para Boswell.

Y en cuanto a nosotros, los españoles, los pobrecitos españoles, tan superficiales y tan improvisadores y tan atolondrados y tan vanamente retóricos casi siempre, a pesar de lo que algunos aquí sostengamos y protestemos, nos hace mucha falta someternos a una rigurosa metodología, si es que somos capaces de ello. Hasta poder defendernos. Porque frente a la leyenda patria que hemos forjado con nuestra precipitada e improvisada retórica, los otros, los de fuera, han forjado con su malévolos criticismo una contraleyenda, que es otra leyenda a su vez. La nuestra es de romancero; la suya de ediciones críticas. Y la culpa es nuestra por no confesarnos unos pobres chicos, algo vanidosillos, quisquillosos y recelosos, es verdad, y que no queremos someternos a los palmetazos críticos de los espíritus que proceden de castas doctas y reflexivas. ¡Este maldito y erizado misoxenismo de que padecemos, según los que pretenden conocernos! ¿Nos conocen? ¡Pues no han de conocernos, Dios mío, pues no han de conocernos! Quienes no nos conocemos somos nosotros mismos. De fuera ha de venir quien nos traiga el espejo. Ahora, lo malo sería que no se hubiese mirado antes en él. El misoxenismo, por ejemplo, real o supuesto, sólo lo descubre bien el misógeno.

El arte, después de todo, cubre todos los pecados y a un artista, cuando lo es de verdad, hay que perdonarle mucho. Porque el arte en el fondo es pasión. Y toda pasión salva en la historia; sea cual fuere la pasión.

MIGUEL DE UNAMUNDO.

